

Joaquín Lorda, desde el Departamento de Humanidades de la Escuela
María Antonia Frías Sagardoy

Preámbulo

Mi testimonio se basa en una cercana e intensa convivencia de trabajo con el Profesor Lorda, que se intensifica, para permanecer ya siempre, desde que él se incorporó al Departamento de Humanidades de esta Escuela donde ya me encontraba. Poco después de venir Joaquín, este Departamento pasó a llamarse “de Teoría e Historia”, aunque su primer nombre siguió siempre figurando en su puerta. El motivo de ese cambio fue la aparición de un edificio en la universidad que se denominaba Edificio de “Humanidades”, y esto causaba cierta confusión, sobre todo al distribuir la correspondencia. A Joaquín nunca le gustó ese cambio: se sentía, y verdaderamente lo era, humanista. Y sentía también que nuestro cometido en esta Escuela era conseguir que los alumnos, futuros arquitectos, lo fueran igualmente. La Dirección de la Escuela y Rectorado, consideraba entonces que este Departamento tenía y debería conservar siempre una gran relevancia, a tono con el ideario fundacional de la Universidad de Navarra; y que eso debía reflejarse materialmente cuidando y aumentando la carga de sus materias dentro del Plan de estudios, incluso por encima de lo que pudieran disponer, como mínimos, las regulaciones ministeriales.

Cuando él vino dirigía este Departamento Luis Borobio, como catedrático de Estética que era, aunque ejercía como Profesor de dibujo desde que Luis Moya, conmigo como ayudante, se ocupó de impartir Estética y Composición al incorporarse a la ETSA en 1970, antes de que el profesor Borobio obtuviera dicha cátedra. Además, su inquietud por formar a los alumnos ya desde el primer curso, le llevó a introducirse también en las asignaturas que les iniciaban en Proyectos, de modo que muy pronto en la práctica y luego definitivamente, se ausentó del mismo. De modo que ambos fuimos durante bastante tiempo los más permanentes en el Departamento, tanto por estar diariamente durante muchas horas en él, como porque algunos otros que estuvieron, venían y se iban.

Pude por tanto conocerle bien: como profesor, como investigador y como persona; con una relación respetuosa pero muy cercana, que permite reciprocidad, y viviendo situaciones muy diversas: a veces humanamente difíciles y siempre espiritualmente enriquecedoras. Y con todo, en estos momentos, después de haber conocido tantos testimonios, de los que solamente hemos podido presentar en el Acto una pequeña parte de entre los grabados, tengo una clara percepción de que su figura es todavía mucho más grande de lo que a mí me fue dado experimentar directamente. De esa conclusión surgió este modo, más serio y profundo, en que finalmente decidí comenzar mi intervención: hablando de su grandeza de espíritu.

Profundidad transcendente de su persona

Las múltiples y distintas facetas que en este Acto de Homenaje se consideran en Joaquín, tan que-

rido por todos, son en realidad inseparables: las une la calidad de su persona.

Él admiraba, compartía y vivía, el espíritu que anima a esta universidad: el que inculcó en ella su fundador y primer Gran Canciller, San Josemaría Escrivá de Balaguer. Tanto en su papel de Profesor o Investigador, integrando en su conocimiento científico el sentido cristiano del hombre y del mundo, como en su vida personal, Joaquín manifestaba lo que aquel denominaba “unidad de vida”.

Luchando por santificar su trabajo, transmitió a todos este espíritu, a través de su comportamiento ejemplar, su convivencia amable y su cariño. Y de modo especial -en sus alumnos- con su docencia. Y logró una influencia similar entre sus compañeros y en cuantos le conocieron y trataron. Con todos compartía, incluso en breves momentos, su pasión por descubrir la verdad última de lo bello y lo bueno, lo útil; ya fuera en la arquitectura, el diseño, el arte, o cualquier otro ámbito de la vida. Los testimonios que hemos recogido lo confirman con creces.

Desde Londres, el primer mensaje recibido de un doctorando, agradeciendo a Joaquín -ya en la vida eterna- la gran suerte de haber compartido, aprendiendo con él, estos fantásticos años, lo resumía así: “el departamento de Historia ha sido una verdadera casa donde he podido crecer como universitario, arquitecto y persona”. Y yo estoy segura que todos sus alumnos y colaboradores coincidirán con él.

El curso pasado ha estado puntuado por abundantes recuerdos de los alumnos: querían que nada más comenzar el curso -mientras se preparaba este Acto- se ofreciera por él una misa cuanto antes, para

que pudieran asistir la gran mayoría que en aquel momento estaban ausentes; que llegó finalmente el día de la Fiesta de la Escuela. Ya en el diseño de su cartel los alumnos reconocían el papel protagonista que su profesor preferido había tenido siempre en ella y el que expresamente querían que tuviera en ésta: era una composición en que su figura dibujando y su dibujo, formaban una A gigante.

La ceremonia de graduación, de primavera, lo tuvo especialmente presente; y durante el discurso de su padrino: “La mirada del coleccionista”, que fue Joaquín, contempló serenamente su desarrollo. Son incontables los años en que él mismo fue elegido padrino de promoción; una vez compartiéndolo con su hermano gemelo, don Juan Luis, cuando ambos eran profesores en la Escuela. Tuve el privilegio de asistir al solemne acto en el aula magna, con su complacida madre, ya viuda, sentada a mi lado. Así pudimos compartir, al escuchar su discurso recitado a dúo desde el atril, por partida doble, el sentido del humor que caracteriza a ambos.

Finalmente, en junio pasado, de nuevo a sugerencia de los alumnos, celebró don Juan Luis una misa de aniversario en la Iglesia de San Nicolás durante su habitual misa del domingo (donde también celebró en su día la misa de funeral), que de nuevo nos volvió a reunir. Ambas, con la correspondiente homilía: personal, cercana y sentida, que tanto nos conmovió.

Pero ya desde años antes, eran muchos los alumnos que habían colgado en sus blogs entrevistas espontáneas hechas a su profesor, Moleskines de dibujos realizados en sus clases, y variadas referencias, especialmente a sus viajes, que eran ya un reconoci-

miento a su magisterio. Los testimonios que ahora se proyectan son una pequeña y variada muestra; y han debido ser muy recortados por exigencias de tiempo. Esperamos que una web futura pueda contenerlos más extensamente, para provecho de muchos docentes y discentes.

A lo escuchado en estos testimonios grabados me gustaría añadir que Joaquín además de generoso, o quizás como un aspecto más de esa generosidad, era muy agradecido. En el inicio de la magnífica web de historia de la arquitectura que realizó, podemos comprobar este agradecimiento cuando presenta y hace constar en ella, también con su imagen, a sus maestros: en lo referente al espíritu, al fundador y Primer Gran Canciller de esta universidad; y en nuestra materia docente, a los Profesores Francisco Íñiguez y Luis Moya. Del mismo modo, hace también constar a sus alumnos colaboradores, que fueron muchos. Y este ejemplo suyo es algo que todos podrán ver siempre en esta web; que se conservará -y se proyecta traducir al inglés-, como testimonio y enseñanza. Era agradecido con toda persona con quien se relacionaba. Además, rectificaba con prontitud si le parecía que en algún momento debía hacerlo, pidiendo perdón aunque no hubiera habido motivo; y consideraba siempre, a todos, sus amigos.

Creatividad, trabajo y entrega sin límites

Mi intervención, al considerarle como profesor, se ilustra fundamentalmente con el cartel en el que Joaquín resumió sus innovadores métodos docentes, y las actividades que realizaba con sus alumnos: *Enseñando con muchos medios: con todos*, decía al respecto.

Los refiere allí a una sola asignatura: La Historia de la Arquitectura I y II, que quizás podemos tomar como tema genérico con múltiples vertientes; porque fue profesor de muchas más. Especialmente de Historia de la Construcción y de variados Cursos monográficos de doctorado. E incluyó en ellas también Teoría, Diseño, Ornamentación, y Artes decorativas o suntuarias que -según consideraba- están más ligadas a la historia de la Arquitectura que otras Bellas Artes que también trató. A añadir Arqueología Cristiana en Teología, o sus Cursos de verano *Dibujando Arquitectura en España* y sus clases de Grado o Máster en Universidades extranjeras. Siendo innumerables veces llamado a participar en otras Facultades o Universidades españolas y en Congresos o Seminarios. Su temprana incorporación como Miembro Correspondiente a la *Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi* (Barcelona), en 1997, reconoce este magisterio que se extiende a su actividad investigadora. Perteneciendo, además de al Comité Español de Historia del Arte (CEHA), al *Institute of Classical Architecture* de New York (USA)

Era evidente que le gustaba enseñar; dentro y fuera de clase. Con una atención personalizada que llevaba al departamento al curso entero (que en ocasiones fueron casi doscientas personas), en grupos independientes de dos o tres. Era una dedicación, en el buen sentido de la palabra, “excesiva”. Recuerdo que cuando nos pidieron que entregáramos las horas dedicadas por cada profesor, a docencia, investigación o atención personalizada a alumnos, la secretaria de la Junta directiva me dijo, como Directora del Departamento: “dicen de rectorado que este último dato de

Joaquín debe estar equivocado”. Efectivamente: ese solo dato superaba las horas totales de dedicación estipuladas en su contrato. Pero sorprendentemente, era cierto.

En otro aspecto son también unánimes los testimonios recogidos: era un Genio. En mis clases de Estética, repito con frecuencia una frase que devino popular: el genio *nace*; y el gusto *se hace*. Porque efectivamente, son pocos los que nacen genios. Pero Joaquín (como otros genios) añadió a sus dotes naturales un esfuerzo extraordinario para el estudio, la continua actualización de conocimientos y técnicas, y el permanente ejercicio para perfeccionar sus naturales habilidades. De ahí también su sabiduría.

Cuando me vino a visitar al departamento de Humanidades estando él provisionalmente en Geometría descriptiva, asignatura que estaba incorporada al departamento de Proyectos, acababa yo de regresar de Talleres de Arte en Madrid (un breve paréntesis en mi vida académica). Me preguntó por mi experiencia en ellos: le interesaban, y pensaba que podría encajar allí. Y, quizás por si pudiera facilitárselo, me dijo sencillamente: “yo soy capaz de dibujar en una pizarra a tamaño natural en cinco minutos, un trono barroco, comenzando por el pirindolo de remate y acabando por las patas que lo apoyan en el suelo, ¿quieres verlo?”. No era necesario que me hiciera tal demostración, pues ya sabía de su extraordinaria habilidad.

Pero cuando se incorporó luego a este departamento, pude ver cómo adquirió gran cantidad de libros de dibujo arquitectónico, antiguos y modernos; y también esbozos para grabados, estudiando sus métodos para conseguir relieve a base de líneas. Aprendió

más técnicas de dibujo y preparó material para que los estudiantes también pudieran aprender. Hasta que un día me dijo que había decidido dibujar en las clases, y así enseñar a los alumnos que, copiándole, podrían seguirle con facilidad.

Para entrenarse con la gran escala, aunque ya se había ensayado en grandes pliegos de papel sujetos a un enorme trípode, antes dibujaría con un rotulador en el cristal que separaba nuestros despachos; y pronto me pidió que le dejara cubrirlo por mi parte con un papel blanco de arriba abajo, para poder ver mejor lo dibujado. Al encontrarme al día siguiente, temprano, la señora de la limpieza, me consultó preocupada: “No me he atrevido a limpiar ese cristal... ¡hay un dibujo tan bonito...! ¿Qué debo hacer?”. Se lo comenté divertida a Joaquín, que inmediatamente decidió: “lo dejaré borrado cada día”. Su delicadeza con quienes nos ayudan en diversos servicios, era notoria.

Y con su certera visión práctica, dispuso de qué modo concreto, unitario, debían dibujar sus alumnos durante las clases: indicándoles dónde y cómo hacerlo. Así consiguió que, a la vez que aprendían a utilizar el dibujo como método para descubrir la manera de componer arquitectura y su historia, cada uno se hiciera con su propia Moleskine o álbum: una digna recolección de dibujos propios que era para ellos después un tesoro, un motivo de orgullo; comprobando hasta dónde podían llegar, guiados por un buen maestro.

Ejemplo que arrastra. Ilusión que estimula

Cuando al celebrar los 50 años de la Escuela, me encargaron escribir sobre la docencia de Luis Moya, al decirme el editor que debía poner un título a

ese texto, no lo dudé: “Enseñar construyendo la propia vida”. Diría lo mismo de Joaquín. Viene a ser similar a lo que leí que dijo Eduardo Chillida cuando fue invitado a enseñar escultura en Harvard; quiso rehusar, argumentando que el arte no se puede enseñar; pero ante su insistencia, asintió finalmente diciendo: lo que puedo hacer es “enseñar cómo aprendo yo”.

Advierto también en Joaquín un rasgo de su ilustre maestro y amigo, el famoso historiador Gombrich: siendo un gran erudito, supo hacer fácil y ameno -sin dejar de ser profundo- todo su conocimiento. Y otro muy propio: animar, yendo por delante; poniendo tal pasión que, viendo cómo disfruta él, todos quieran aprender para experimentar lo mismo. Últimamente repetía Joaquín con frecuencia: “quiero ver a mi alrededor gente sonriente, haciendo cosas interesantes”.

Su creatividad no tenía límite. Recuerdo de los inicios, cuando descubrí con asombro en su estantería un fichero inmenso con un título: IDEAS. Le nacían a borbotones de noche y de día. Se podría llegar a decir que todavía no se ha hecho nada en esta Escuela que no hubiera hecho antes él. Enseguida tuvo en constante actividad a sus alumnos: diseños de carteles con diversa temática, montaje de maquetas recortables, instalaciones temporales, grandes figuras geométricas desmontables materializadas en 3D, diseños aptos para su fabricación comercial, restituciones históricas de arquitecturas y máquinas de construcción, culturas orientales y exóticas, todo tenía cabida y en todo se hacía consumado experto; de los juguetes (como su teatro de la infancia, con escenarios cambiantes) o de los cuentos, sacaba todo su potencial educativo y su valor simbólico. Dominó internet tanto para completar

su ilustración y hacer con mayor rapidez sus compras, conociendo la oferta mundial, como para orientar a sus alumnos a moverse en ese medio; y eligió entre los programas informáticos el más apto para crear sus “Arquitecturas fantásticas”, encargándose él mismo de enseñárselo a todos, en grupos de tres.

Trabajando en equipo, consiguieron conjuntos monumentales, que asombran a los expertos, y han alcanzado difusión internacional. Pero al hacerlos, además de adquirir un método más, como lo es también el dibujo a mano, aprenden a utilizar simetrías y sistemas de composición, universales e intemporales, que estimulan su imaginación creativa y que pueden tener aplicaciones muy actuales: en películas o videojuegos, que tengan como escenario tanto restituciones históricas como arquitecturas del futuro.

El ritmo se aceleró con los viajes, donde la fuerza de la realidad se imponía en los mejores edificios, y sus palabras acompañadas con expresivos gestos, hacían palpar la magia de los siglos que los vieron construir. Apasionado, conseguía apasionar. Y en esa convivencia, sabiendo escuchar, supo responder; y también sugerir, incluso lo que quizás el otro nunca se atrevió a pensar.

Mirando al futuro, con altas miras y visión universal

Antes, en la docencia se distinguían: primer ciclo (primeros cursos de carrera), segundo ciclo (los últimos) y postgrado. Todo profesor universitario con cierta experiencia y madurez, aspira a subir al último escalón. Aunque los alumnos jóvenes atraen mucho por estar más receptivos y abiertos, no cabe duda de que es necesario que adquieran los conocimientos bá-

sicos más elementales, antes de poder hacerles confidentes y cómplices, de las más altas inquietudes del investigador. Los cursos de doctorado y los Máster que los siguieron, dan al docente -con el prestigio de su alto nivel- la ocasión de dirigir tesis doctorales. De esa manera el profesor extiende su campo de acción abriendo nuevos caminos, multiplica su tiempo y sus resultados, haciendo rendir más la sabiduría acumulada. Joaquín lo sentía así muy vivamente; y así lo hizo, tanto aquí como en el extranjero: fue creando una escuela de seguidores que tomándole como referencia, le continuará. Presenciamos después los entusiastas testimonios enviados desde México por algunos de ellos.

Resalta también su interés y su infatigable constancia por abrir amplios caminos institucionales para el futuro. Hacía periódicamente, ante los nuevos cambios y problemas, extensos y profundos informes que resumían sus agudos análisis de la situación actual de la arquitectura, de su práctica y de su enseñanza en las mejores instituciones del mundo; y proponía posibles medidas a tomar en nuestro propio ámbito (informes que pasaba repetidamente a dirección; y de los cuales también a veces me daba copia). Su informada y amplia visión universal, avalada por su extraordinaria capacidad organizativa, unida a su creatividad e intuición (tan difíciles de encontrar), se reflejaba en ellos, siempre cargados de amor y de entusiasmo por la institución a la que dedicó su vida.

Emprendió muy tempranamente su extraordinaria web de la asignatura, que en realidad por su amplitud abarcó materias del departamento entero; y en ella invertimos al principio todo nuestro limitado

presupuesto. Pareció de nuevo a algunos un esfuerzo “excesivo”, pero se demostró enseguida su importancia pionera, con multitud de entradas que asombraron. Es una referencia mundial que ya quiso traducir al inglés, aunque de momento lo hizo solo con los títulos del índice.

Su interés por los libros fue cobrando cada vez vuelos mayores. A un alumno, que le recordó la magnitud de sus donaciones, le hizo ver: “los necesito primero yo mismo: para crecer”. Y efectivamente, llenaba una y otra vez su despacho con libros nuevos (temas emergentes) y antiguos (que fundamentaban la investigación); los estudiaba, se empapaba de ellos y comprobaba las posibilidades de trabajo y docencia que le ofrecían; y sólo después, vaciaba completamente las estanterías, donándolos a la biblioteca, para que los investigadores que vinieran tras él, los encontraran sin haberlos buscado. Nunca quiso figurar como donante. Abrir camino a otros, era su ilusión. Quería que la biblioteca de la universidad fuera, en su campo, una referencia internacional.

Se interesaba por las asignaturas de sus colegas y les sugería temas de investigación innovadores, igual que lo hacía por las aficiones u oportunidades vitales de sus alumnos. Podría parecer casual el regalo que nos hacía, pero era el que más podía ayudarnos. Cuando Javier Martínez marchó a Roma, por elevados intereses, Angélica y yo recibimos del vicerrector que hacía cabeza en la Escuela, el encargo de sustituirle en Arquitectura Contemporánea. Antes de habernos parado a considerarlo, encontramos el departamento lleno de los últimos estudios y los más documentados libros publicados: había elegido los manuales más adecua-

dos y más asequibles para los alumnos (considerando también su precio o si tenían descarga gratuita en internet); otros libros que podían ayudar a hacer trabajos interesantes en Seminarios; y el Gran Atlas mundial que colocó en un lugar preferente del Departamento, en un atril improvisado, para que estuviera permanentemente abierto y cualquiera se sintiera tentado de ojearlo al pasar. Joaquín se adelantaba continuamente: estaba siempre en la vanguardia tanto de las realizaciones arquitectónicas de nuestros días, como del conocimiento y de las técnicas más innovadoras.

Por ello, nadie asociaría su figura con la de un erudito centrado en cosas antiguas, ni mucho menos en algo carente de interés actual. Los propios alumnos han manifestado aquí su sorpresa de que fuera justamente el profesor de Historia el único que les había introducido en la informática. Todo el que se ha acercado a él ha quedado deslumbrado por su gran altura de miras, su exigente búsqueda de lo más excelente en todos los terrenos; lo que realmente vale la pena. Y todavía más: por su atractivo y permanente originalidad. Avisaba a sus alumnos de la inutilidad de emplear su tiempo al comenzar una tesis doctoral, en temas cuyo estudio no les pusiera en contacto con los más grandes pensadores, artistas o arquitectos de todas las épocas; descartando aquellos que no les abrieran grandes panoramas intelectuales que estimularan su creatividad. Les instaba a no conformarse nunca con planteamientos rutinarios o facilones, que quizás pudieran parecerles más asequibles o para cuya publicación fueran a encontrar mayores facilidades locales; les impulsaba por el contrario siempre, a dar lo mejor de sí mismos.

Buscaba lo bueno, eligiendo solamente lo mejor, en cualquier lugar o época en que se encontrara; y le parecía lamentable perder un minuto en algo que no lo mereciera. Es así como la historia es madre y maestra; como hace surgir las grandes ideas que pueden solucionar los más novedosos problemas de nuestro tiempo. Porque a Joaquín, más que la historia en cuanto tal, le interesaba lo que se aprende con ella: la base de la creatividad del ser humano, de la composición de formas y espacios, la búsqueda de los mecanismos que hacen descubrir recursos de dignificación, el desarrollo de la percepción e interpretación del mundo natural y artificial, y los procesos que llevan a cambiar el punto de vista o los intereses de las personas o sociedades. En mi opinión, su campo era más bien el de la Teoría de la Arquitectura y de las Artes Aplicadas, incluyendo las respectivas técnicas empleadas; y sobre todo sus conexiones con las innumerables disciplinas humanísticas y científicas con que están relacionadas, con las Bellas Artes y con los grandes temas de la humanidad. Esto puede referirse tanto al objeto de su investigación como a sus enfoques o métodos. Y también a los instrumentos o recursos que todo tipo de ciencias y técnicas, ponen actualmente a nuestra disposición.

Así también, tras su interés por los libros, vinieron los objetos históricos que las oportunidades encontradas en internet ponían fácilmente a su alcance. Más que un afán de coleccionismo, era otro modo de ilustrar la Historia de la Arquitectura, haciendo tangible y presente una realidad: lo que él denominaba *L'Atelier* del Arquitecto. Era la reconstrucción muy sugerente de todo un pequeño mundo, centrado

en una época, pero que puede considerarse inspirador ejemplo y símbolo del de cualquier otra: también de la nuestra. Los elegía cuidadosamente: ya fuera un instrumento auxiliar de dibujo o un plano de época, fruto del mismo; una medalla de Bellas Artes o la efigie de un arquitecto ilustre; manuscritos auténticos firmados y grandes tratados; o los medios más imprescindibles utilizados en obra a lo largo de los siglos pasados: gigantescos compases, distintos tipos de niveles, plomadas, escuadras y demás. Ensayaba con sus alumnos sus cuidadas disposiciones, en provisionales vitrinas prestadas, para que aprendieran familiarizándose con ellos; mientras esperaba despertar un interés institucional que lo pusiera en digno acomodo para valorándolo como merece, prestar mejor un servicio más público. Los estudiantes lo enseñaban orgullosos a sus amigos o familiares cuando visitaban la escuela; y ellos lo tenían en gran estima, recordándolo con sumo agrado después. Como les oí decir entusiasmados a algunos padres cuando me contaban la visita que habían hecho: “eso era ¡lo mejor de la Escuela!”.

Haciendo Escuela (hogar) con renuncia: en su tierra y desde su tierra

Con todo ello, y dejando a la vista una selección de los sucesivos trabajos realizados por los alumnos bajo su dirección, con material comprado por él mismo (una selección cambiante, porque cuando Joaquín veía que alguien los admiraba y valoraba, se los regalaba), el Departamento -según se decía- “tenía ambiente”: era el lugar donde la gente se encontraba “a gusto”, como dicen que decimos los navarros. Un modo de expresar en lenguaje sencillo que allí: “Se palpaba la

vida, la ilusión, la acogida”; pues hasta el más profano en la materia, no podía menos que salir entusiasmado cuando Joaquín le enseñaba las últimas maravillas que había recibido. Despertaba emulación, porque contagiaba su propia emoción.

Joaquín no quiso marcharse a instituciones o países donde era muy valorado, desde donde podría haber obtenido fácilmente un reconocimiento internacional. Permaneció aquí, seguramente porque amaba la Universidad de Navarra y lo que representaba (supongo que también por amor a los suyos y a su tierra navarra); y atrapado por amor a las generaciones de estudiantes que, encadenándose unas con otras, seguían llegando, retándole de nuevo cada curso.

Últimamente he escuchado tantas veces a tantos, qué hubiera sido si su vida no se hubiera truncado repentinamente. Me consuela que, como suele decirse, los grandes artistas que se van pronto, apresuran su vida como si viviendo con más intensidad suplieran el tiempo que no van a tener.

La huella de su enseñanza y de su ejemplo ha sido efectivamente muy profunda; de modo que son muchos los que además de conservarla, la harán fructificar. El Grupo de Investigación reconocido de la Universidad de Navarra *Architectural Research Team: Theory and History (ART T&H)* al que pertenecía Joaquín, que reúne ya a treinta miembros y colaboradores de ésta y otras universidades, pertenecientes a seis países y que en su trayectoria han recorrido varios más, tiene como prioridad este objetivo. Algunos se iniciaron en la investigación con nosotros; otros, como el Dr. Terán que nos acompaña, compartieron con él intereses y amistad. Entre nosotros, el profesor e in-

vestigador Joaquín Lorda, sigue actuando con la gran vitalidad de su legado intelectual, y con el impulso de su afecto y ejemplo personal.

Finalizo uniendo al mío propio, el sentido agradecimiento de todos ellos y de cuantos pasaron por el Departamento de Humanidades, y concluyendo que un Profesor y compañero como él, es en cierto modo un padre o un hermano, un amigo, una referencia, un estímulo además de un ejemplo; una llamada hacia la Verdad, la Bondad y la Belleza (con mayúscula) que es eterna. La que él nos enseñó a amar. Su legado, estamos seguros, perdurará y seguirá dando fruto, tanto en un plano humano y científico, como trascendente. Y nos ayudará, tanto a nosotros como a los que luego nos seguirán, hasta llegar -con nuestro trabajo y vida santificados- a reunirnos con él.